

Paloma Bordons

Ilustraciones de la propia autora



Un día complicado

Con actividades
para poner
en marcha tu
imaginación



Un día Complicado

Paloma Bordons

Ilustraciones de la propia autora

**Un día
Complicado**

edebé

© Texto e ilustraciones: Paloma Bordons, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, febrero 2025

ISBN: 978-84-683-7391-1
Depósito legal: B. 15118-2024
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Ojito con lo que sueñas	7
2. Un poco de terror en el aula.....	17
3. Adid As.....	29
4. La liamos en el taller	47
5. Despedida.....	61
6. Piedra, papel o tijera.....	71
7. Balbisco.....	83
8. Psicólogo a las 15:00.....	91
9. Sorpresa en el altillo	99
10. Usado, chupado, sobado	113
11. Proyectos	127
12. Montando guardia.....	137
13. ¿Dónde está Adid?	149
14. ¡Ostras!.....	159

Ojito con lo que sueñas

Abro los ojos y ahí está, a los pies de mi cama, mirándome. ¡Menudo susto!

No es la primera vez que sueño con alguien y me lo encuentro al despertar. Pero normalmente me basta con parpadear un poco para que desaparezca.

Esta vez no me sirve. Parpadeo, pero este se queda. Corro a lavarme bien la cara y, cuando acabo, lo veo reflejado en el espejo del baño. Está algo borroso, pero está. Y eso no me hace ninguna gracia. Con la boca cerrada tiene una pinta bastante normal. Pero en mi sueño me perseguía, echando chispas rojas por los ojos y enseñando unos dientes

muy puntiagudos. Y yo sabía que quería devorarme.

¡Mamá! —grito entrando en la cocina—. Hay un...

—¡Rocío! ¿Todavía estás en pijama? ¡Anda, vístete!

—Pero es que hay un...

—¿Y Gus? ¿Se ha levantado?

—No, pero...

—¡Levántalo ahora mismo! Yo aún tengo que ponerlos los bocadillos...

—Pero mamá...

—... y responder unos *e-mails*...

—¡Mamá!

—... y plancharme esta blusa.

—¡Pero mamá! Es que hay un...

—¿Todavía estás aquí, Rocío? ¿Qué te he dicho de tu hermano?

Voy al cuarto de Gus, que gruñe, como todas las mañanas:

—¡No quiero ir al cole! Odio el cole.

Ahora toca que él se esconda bajo el edredón y yo consiga que salga y se vista.

Sin embargo, hoy es diferente.

—¿Y ese quién es? —pregunta señalando a mi espalda. O sea, que él también lo ve.

—Es un zombi.

Ya está. He dicho en voz alta lo que no me atrevía ni a pensar.

—Quiere que te levantes y te vistas —continúa—. Mejor hazlo antes de que se enfade, porque tiene muy poca paciencia.

«Hasta de la peor situación se puede sacar algo bueno». Eso es algo que repite mucho mi abuela, y en este caso funciona: Gus se levanta y se viste sin rechistar, sin dejar de mirar al zombi. Aunque sospecho que tiene más curiosidad que miedo. Como también dice mi abuela, «este niño siempre ha sido un insensato».

—¡A desayunar! —grita mi madre.

Gus y yo vamos a la cocina. El zombi también.

—¡Mamá, mira! Hay un...

—¿Es que pretendes salir de casa con el estómago vacío?

Mamá me planta delante un tazón gigante de *corn flakes*. El tazón se pone a sonar justo cuando voy a servirme la leche.

Tirorín-ton, tirorín-ton, tirorín-tontín...

—¡Rocío, te he dicho mil veces que no cojas mi móvil sin permiso! —me regaña mamá.

—Pero si yo no he...

—Anda, pásamelo, seguro que es mi jefe...

Saco el móvil del tazón y se lo doy a mi madre.

—Oh, sí, Adolfo, ya estoy de camino a la oficina —dice.

Mentira. Ni siquiera tiene hechos los bocatas, ni se ha puesto el maquillaje ni la blusa. Tampoco ha dado de comer al gato de la abuela. Sacude el cuenco de Golfo mientras me hace señas para que lo haga yo.

Golfo no se abalanza sobre el cuenco como las demás mañanas. Hace un momento estaba aquí, pero ha desaparecido. Lo llamo, y no viene; lo busco y no lo encuentro.

Miro al zombi. Sus ojos lanzan destellos rojos, y un hilillo también rojo se le escapa de la boca. Hay una mancha de sangre en el almohadón donde duerme Golfo. Mi propia sangre se me hiela en las venas.

—Mamá... —lo intento otra vez. Porque me parece a mí que este asunto lo debería resolver un adulto.

Pero la única adulta que tengo a mano sigue sin escucharme. Está mintiendo a su jefe por teléfono mientras plancha su blusa.

—¡Listo, nos vamos! —dice al terminar—. ¡Pero Gus! ¿Aún estás descalzo? ¿Dónde está tu otra deportiva?

—Se la acabo de dar a ese y se la está comiendo —responde Gus.

Señala bajo la mesa de la cocina.

—¿Quién? ¿Tu amigo invisible? —pregunta mamá—. No está bien que le echas la culpa de todo, ya lo hemos hablado muchas veces con tu psicólogo. ¡Ay! Eso me recuerda... ¿No es hoy cuando nos toca verlo?... ¡Rocío! Busca tú la zapatilla de Gus.

Miro bajo la mesa. El zombi está ahí, sentado en el suelo, comiéndose la zapatilla de Gus. Ni siquiera se ha molestado en despegar el velcro.

—Pero, mamá, ¿no ves que se la está...?

Mamá ya se ha ido. La oigo gritar desde la entrada:

—¿Por qué no está en su sitio la llave del coche?

La llave del coche nunca está en «su sitio», así que no sé por qué mamá se empeña en llamar a ese sitio *su sitio*.

Mientras mamá busca por toda la casa, el zombi se acaba la zapatilla. Luego coge unos zapatos de tacón que están en el zapatero de la entrada. Son los especiales que usa mamá cuando tiene reuniones importantes.

—¡Eh, tú! Suelta eso.

Al zombi no le gusta nada que se los quite. Hace un ruido amenazador con la garganta, como un perro que se prepara para ladrar.

—¿No ves que esos tacones pinchan? —le digo en tono amistoso—. Te van a sentar mal. Mira, estas son mucho más blanditas.



Le lanzo todas nuestras zapatillas de andar por casa.

Mamá vuelve sacudiendo la llave y me sorprende con sus zapatos en la mano.

—¿Ya te estabas probando otra vez mis zapatos? —me regaña.

—No, si es que el zom...

—Rocío, hija, los tacones son una tortura y una estupidez. Prométeme que nunca te vas a poner zapatos de tacón —dice mientras se pone los suyos—. ¡Vámonos ya, que es tardísimo!

Mamá mira por el espejo retrovisor. Entonces, ve por primera vez al zombi.

—Roque, ponte el cinturón —le pide.

El zombi no le hace caso y sigue mascando la suela de una pantufla.

—No es Roque... —empiezo yo—. Es...

—¿No es jueves hoy? —me interrumpe mamá.

—Sí.

—Entonces, ¿dónde está Roque?

Mamá pisa el freno, y el zombi sale disparado contra el asiento del copiloto. Por no ponerse el cinturón.

—¡Hoy nos toca llevar a Roque al cole!
—exclama mamá—. ¿Por qué no me lo habéis recordado?

Como si nosotros tuviéramos la culpa.

—¡No podemos dejar a ese niño abandonado en la calle otra vez! ¡Mira que me prometí que no iba a volver a pasar! ¡Tenemos que regresar a por él!

No sé cómo. Estamos parados en un atasco y rodeados de coches por todas partes.

Mamá cierra un momento los ojos, respira hondo y se aprieta la coleta. Esas son las tres señales de que ha activado su *modo emergencia*.

Se pone a girar el volante de acá para allá y hace que nuestro coche avance y recule a trompicones, apurando las distancias con los demás coches hasta el último milímetro (y a veces un poquito más allá).

Cada vez que mamá frena, el zombi sale despedido hacia delante. Cuando acelera, se estampa contra el respaldo.

Los otros conductores tocan el claxon. Abren unas bocas enormes para gritarnos insultos que unos niños pequeños e inocentes como nosotros no deberíamos oír.

—¡Es una emergencia! —anuncia mamá por la ventanilla abierta.

—¡*Mergencia, mergencia!* —chilla Gus, feliz.

Mamá logra por fin dar la vuelta y conduce con la barbilla alta sin mirar a los demás coches, que se ponen de acuerdo y sueltan un pitido muy largo todos a la vez. Supongo que están enfadados, pero prefiero pensar que este estruendo es un homenaje a la habilidad de mamá para las maniobras.